CONSTANZA TOURBLANCHE

LA HEREDERA DEL TIEMPO



Áurea Ediciones

© La heredera del tiempo
Sello: Soyuz
Primera edición: Mayo 2023
© Constanza Tourblanche
Edición general: Aldo Berríos
Ilustración de portada: Juan 'Nitrox' Márquez
Corrección de textos: Virginia Berner
Diagramación: Marcela Bruna

© Áurea Ediciones
www.aureaediciones.cl
Errázuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile
ISBN: 978-956-6183-35-8
Número Registro de Propiedad Intelectual: 2020-A-7083



ZAPALLAR
MUNICIPALIDAD

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin permiso escrito del editor.

Todos los derechos reservados.

CAPÍTULO 1



Lunes 14 de julio, 1997
Zapallar, V Región. Chile
07:31

La lluvia caía sin piedad sobre el pueblo. Se tenía pronosticado un temporal con fuertes vientos y marejadas, y el vendaval que poco a poco iba empeorando ya había botado unos viejos árboles que se encontraban en la cornisa de una pequeña loma desde hacía años.

Cada invierno los temporales arrasaban con todo en Zapallar: un balneario exclusivo en las costas chilenas durante los veranos, pero un humilde pueblo durante los crudos inviernos chilenos.

Más de un pueblerino se dirigía a las autoridades después de terminados los temporales para dejar constatación de que un árbol caído le había destrozado parte de la casa o exigiendo calles decentes para que sus hijos pudieran llegar a clases sin necesidad de meterse dentro de un profundo charco de agua. Por esto mismo, el gobernante a cargo del remoto pueblo decidió suspender todo tipo de actividades educativas hasta terminado el temporal. Nadie sería más feliz con eso que Isabel.

Isabel iba a cumplir veinte años.

En realidad, quedaban como once meses para eso. La manía suya recaía en que le encantaba decir que ya iba a cumplir los veinte, en vez de asumir que acababa de cumplir los diecinueve. Era para verse más grande en el intento de satisfacer sus deseos de salir pronto del colegio.

Debería haber estado en la universidad, pero a causa de sus nulos hábitos de estudio y el poco interés en muchas de las

asignaturas, tuvo que repetir sexto básico y casi también primero medio. Además, era un alma libre por esencia: rebelde y terca como tantas jóvenes de la época. Una actriz innata y muy ansiosa también.

Su cabello de un color tan negro como la obsidiana le caía en una melena un poco más abajo de la mandíbula, mientras un flequillo mal cortado y disparejo le tapaba la mitad de la frente. El problema radicaba en que, hacía ya dos años y después de haber visto *Pulp Fiction*, había tomado la decisión —para nada buena— de ser su propia peluquera. Desde ese momento su musa inspiradora había sido el personaje Mia Wallace, pero como no tenía la cara ni los rasgos de Uma Thurman, la realidad despiadada era que nunca quedaba como quería. Siempre se encontraba a sí misma frente al espejo con un estilo más disparejo en comparación con el de su referente, arrepintiéndose al menos por los primeros dos minutos, casi llorando, maldiciendo el reflejo y mirando las tijeras en su mano, como si ese objeto fuera a traerle de vuelta los trozos macheteados de cabellos esparcidos por el piso.

«Para la próxima voy a una peluquería», le susurraba siempre al espejo durante esos minutos de crisis. Pero después de tanto observarse y a causa de sus propias ilusiones, se terminaba acostumbrando a ese estilo que la hacía parecer la versión parodia de Mia Wallace en una adaptación barata de *Pulp Fiction.*

Su piel pálida ayudaba a que las venas moradas en sus sienes se dibujaran notorias en sintonía con los granos que le salían de vez en cuando. «¿Estará enferma?» escuchaba a la gente, entre susurros, preguntarse las razones de su palidez extrema. Pero no, no estaba enferma. Tenía ese color cadavérico y desvaído que en cualquier otra persona hubieran sido síntomas de alguna enfermedad. Una piel descolorida y muy llamativa, pero que, definitivamente, no era lo que más llamaba la atención de las personas cuando la veían.

Eran sus ojos negros los que se robaban las miradas de quien se quedara conversando con ella el tiempo suficiente. Unos ojos

en donde el iris y la pupila se camuflaban de tal manera, que solo formaban un círculo tan negro como el ónix. «Debe de estar poseída», habían dicho sus compañeras de colegio cuando todavía era niña. Porque inevitable era para cualquier persona relacionar sus ojos negros con algo demoníaco y, después de ver tantas películas de terror, incluso ella misma lo había creído alguna vez.

Su metro y sesenta y cinco centímetros y su contextura física normal nunca le habían dado inseguridades. Pero como a toda joven de una época donde los referentes de belleza eran Cindy Crawford o Ángela Contreras, le era inevitable sentirse insuficiente cuando se veía al espejo y su cara redonda y esa nariz ancha que había heredado de su padre le respondían desde el reflejo.

Eran las 7:31 de la mañana cuando las gotas de lluvia cayendo en el techo la despertaron. De un salto, se levantó de la cama para ser testigo de cómo estaba la situación afuera.

La lluvia golpeaba vehemente la ventana, como el brutal viento que hacía pensar que, en cualquier momento, el vidrio reventaría haciendo saltar pequeños pedazos de cristal por todas partes. Tenía esa corazonada de que las clases se suspenderían. Una simple intuición. Nada seguro, pero era de deducir por la tempestad que tenía al pueblo al borde de la inundación.

Sonrió ampliamente por un impulso infantil y cuando su olfato captó desde la lejanía un intenso olor a tarta de manzana, se disparó fuera de su habitación.

Los calcetines la hacían resbalar sobre la madera pulida. La gran chimenea estaba encendida anulando el frío que había en el exterior y todo parecía estar tibio. Por eso amaba el invierno. Para ella no había nada mejor que salir a empaparse y llegar luego a su casa, al calor de la chimenea y disfrutar de la tarta que preparaba Josefina, la empleada que su madre había contratado cuando todavía no cumplía el mes de haber nacido.

Como solía ocurrirle, la ansiedad en su cuerpo ya había

alcanzado niveles impresionantes cuando solo deseaba poder tomar desayuno rápido para salir a mojarse afuera. En esa disposición se sentó apresurada en una de las sillas al costado de la mesa, con la pierna moviéndose en ese compulsivo gesto que no podía evitar hacer cada vez que estaba ansiosa por algo. El piso debajo de sus pies temblaba ante el meneo. Un tic nervioso que no tardó en ser disipado frente a la presencia de Claudia, su hermana mayor, quien con una expresión que no manifestaba nada más que cansancio, se sentó con toda la pereza del mundo en el asiento frente a ella.

La única bienvenida que Isabel se limitó a darle fue poner los ojos en blanco con desagrado, y es que Claudia, incluso en sus expresiones de lasitud, se las ingeniaba para verse arrogante.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Claudia, restregándose un ojo con la manga del pijama.

Isabel no le respondió.

—Ah, la lluvia... —susurró Claudia a continuación, respondiéndose su misma pregunta y sonriéndole burlona—. ¿Y tú creí que la mamá te va a dejar salir con este temporal?

—¿Y qué te hace pensar que le voy a preguntar? Nunca sabe lo que hago. Además, tengo casi veinte años —replicó Isabel.

—Isabel, cumpliste diecinueve recién el mes pasado. Y aunque tuvieras veinte, ¿qué te hace pensar a ti que te podí mandar sola? Todavía estás viviendo aquí cuando deberías estar en la universidad arreglándotelas tú —dijo Claudia, de la forma más cruel que pudo—. Cuando eso pase, ahí recién te vas a mandar sola. Por ahora, seguí siendo cabra chica.

Isabel la miró entre indignada y enrabiada.

—¿Y tú, idiota? También estái aquí y tení como treinta años.

—Estoy trabajando, imbécil —se defendió Claudia—. A diferencia de ti, yo no estoy aquí como parásito.

Y esta vez, Isabel no supo cómo defenderse.

Claudia tenía veintitrés años, cuatro años más que Isabel.

Había estado estudiando Trabajo Social en un instituto que en 1995 tuvo que cerrar por temas de acreditación. Ahora tra-

bajaba en la empresa textil de un amigo de su madre, apitutada —no había egresado nunca—, asesorando a los obreros de la fábrica. A veces también, durante los veranos, trabajaba de modelo y promotora de bronceadores en la playa de Reñaca, y es que con un físico como el de ella hubiera sido hasta insultante que no se dedicara al modelaje. A diferencia de Isabel, Claudia era una joven alta y, a veces, demasiado delgada. Su piel tostada por el sol hacía ver todavía más pálida a Isabel en contraste, y su cabello largo y liso, de un color amarillento opaco, daba la impresión de que el cabello de su hermana era todavía más oscuro también. Sus labios eran delgados y los ojos verdes que había heredado de su madre hacían combinación perfecta con su rostro, el cual no emanaba nada más que paz y serenidad. Su madre siempre contaba la historia del nacimiento de Claudia: la había tomado en sus brazos y había sentido cómo esa cara angelical la bendecía. Y sí, Claudia tenía un rostro muy agraciado, pero su personalidad no iba con su apariencia. No era una mala persona, pero solía ser tan egocéntrica e individualista que exasperaba a Isabel, sumado a que uno de sus pasatiempos favoritos era llevarle la contraria en cualquier cosa que dijera o hiciera. «Cállate, tú erí pendeja», «Cállate, tú todavía tení como doce años» y todo basándose en esos cuatro años de diferencia que Claudia asumía, por manía suya de hermana mayor, que eran muchos más.

Toda actitud desafiante y exaltada de las hermanas se desvaneció de inmediato por la presencia de la madre de ambas.

Raquel Kohnenkampf —quien era físicamente igual a Claudia, pero con unos años más—, apareció con una bata de dormir color celeste, con el pelo desordenado y las uñas mal pintadas. Venía con un cigarro a medio fumar entre los dedos, adicción que convertía sus casi cincuenta años en un rostro que aparentaba más de sesenta.

Surcos profundos se marcaban en las terminaciones de sus

expresiones y tenía los dientes amarillentos, pero era su expresión hostil la razón para no querer dirigirle la palabra.

—Cállense las dos —dijo con una voz rasposa y en ese tono autoritario que tanto terror le daba a Isabel.

Hubo un silencio de varios segundos, en los que la mujer se dedicó solo a endulzar el té. Isabel nunca entendió por qué su madre, aun cuando nadie le había hecho nada, siempre se las arreglaba para levantarse de tan mal humor. Daba a suponer que hasta dormía con el ceño fruncido o con la mandíbula apretada sin la necesidad de tener que echarle la culpa al bruxismo.

Fue Josefina quien las salvó de algún inconveniente. La anciana venía con la tarta de manzana en sus manos y, como si su intención hubiera sido correspondida, el ambiente tenso e incluso esa nube tóxica de cigarro se disiparon con el solo aroma que el pastel irradiaba.

Josefina era una mujer de unos setenta años, de baja estatura, mejillas rosadas y de rizos canosos bien peinados que daban la impresión de una abuela de cuento infantil.

Ella dejó la tarta sobre la mesa y antes de que se alejara, Isabel ya había cortado un trozo enorme para empezar a comerlo como si fuera lo primero que comía en años.

—Parece que tenía hambre la Isabelita —sonrió Josefina.

Y si bien no había nada en el mundo que Isabel odiara más que le dijeran Isabelita o Isa, a Josefina se lo perdonaba todo. Así, entonces, le dedicó una sonrisa de agradecimiento, que desparramó las migajas de tarta alrededor de sus labios.

—Qué bueno que estés apurada, Isabel. Acuérdate de que tienes clases hoy —dijo fríamente la madre con esa voz áspera de ultratumba que angustiaba el entorno.

La cara de la joven se transformó de un segundo a otro.

No había sido solo la voz de su madre, o ese tabaco materializado en nube que le entraba por las fosas nasales. Habían sido también sus palabras. Un conjunto que hizo que la tarta tuviera un sabor amargo.

—¿Qué? —preguntó.

—Que tienes clases. Apúrate.

Claudia dejó en evidencia una silenciosa risa frente a la situación. Un gesto superficial, pero que provocó que Isabel la evaluara con el entrecejo arrugado y la expresión más desafiante.

Si las miradas mataran, Claudia ya habría muerto.

Y claro, a Isabel le había pasado desapercibido: su colegio era privado. La institución estaba a cargo de monjas que no se regían según lo que las autoridades decían. El mundo se podía estar acabando y el colegio no iba a cancelar las clases.

Odiaba estar en un colegio de monjas, no tanto por el régimen religioso, sino más bien por esa forma tan conservadora de tratar a las alumnas. Detestaba que cada día pasaran con una regla midiéndole el largo de la falda, o que la regañaran por uno que otro aro que se había hecho ella misma en alguna parte del cuerpo.

Entendía la religión e incluso, a veces, hasta rezaba cuando tenía miedo, pero no le cabía en la cabeza cuál era la necesidad de quitarle sus piercings, obligarla a taparse los tatuajes y alargar la falda.

Dejó la tarta a medio comer y, sin emitir ni una sola palabra, se levantó de la mesa en dirección a su habitación para poder prepararse antes de que su madre perdiera la razón, y es que enervarla era, quizás, una de las cosas más sencillas.

Su uniforme escolar consistía en una falda roja escocesa, acompañada de una camisa blanca y una corbata azul marino que le colgaba del cuello. Así se vistió, pero con un hastío que dejó en evidencia su malestar dentro de esas cuatro paredes que significaban su habitación, su rincón mágico, y ese lugar que había guardado un centenar de emociones y que la había visto hablar sola un montón de veces más. *Ojalá las fotos nunca hablen*, pensó mirando la cantidad de imágenes de celebridades que albergaban los muros.

Miró una última vez la fotografía mal pegada de Winona Ryder, y se sintió patética cuando se dio cuenta de que había

una parte de ella que confiaba en esos trozos de papel impresos.

Refunfuñó una vez más y tomó entre sus manos su prenda favorita: una chaqueta color mostaza que no era parte del uniforme de la institución, y que jamás se sacaba ni siquiera cuando las monjas le decían que no podía usar algo fuera del uniforme establecido para capear la lluvia. Se acomodó la mochila a los hombros, y volvió a reclamar. *No quiero ir al colegio, me carga*, y es que se negaba rotundamente a la idea, más todavía en sus días preferidos del año. Quería correr por las calles pisando charcos de agua y empapándose la ropa con un entusiasmo con el que nadie iba a empatizar. Quería pasar a algún local de comida y comprar chocolates para comerlos viendo esas películas que había arrendado hace semanas en el video-club y que aún no devolvía. Escuchar sus cassettes favoritos encerrada en su pieza leyendo con placer culpable alguna *TV-Grama*, o pasar toda la tarde viendo los últimos capítulos de Oro Verde en el TVN porque no había nada más interesante que ver. Quería todo lo que no involucrara sentarse por horas frente a una profesora que explicara sucesos que habían pasado hacía años y que no le interesaban en lo más mínimo.

Abrió la puerta de su hogar, dio un portazo en forma de protesta contra su madre y salió. Sin embargo, toda su expresión de descontento se vio minimizada por una sonrisa que no pudo evitar contener: la lluvia caía brutal sobre la tierra.

Tomó su bicicleta y, dando un pequeño golpe con el pie en el piso, comenzó a andar.

Se estaba demorando a propósito. Pedaleaba con tanta morosidad que de vez en cuando tendía a perder el equilibrio. Por segundos se quedaba detenida con un pie sobre la superficie, mirando hacia el cielo y sintiendo cómo la lluvia caía directamente sobre su rostro. Una escena muy de película, quizás aparatosa para muchos, pero ella era una actriz innata. Estaba en su esencia ser así de dramática.

Paseó por todo el borde costero de Zapallar, atravesando con porfía los charcos de agua que le salpicaban el uniforme.

Estaba cansada, pero la lluvia valía todas esas exhalaciones y taquicardias que alguna vez creyó mortales.

Siempre se había identificado un poco con ese acto de la naturaleza. Dentro de su analogía, la lluvia era poco deseada, a veces impredecible, y hasta odiosa para la gran mayoría de los mortales, pero había que entenderla. Entenderla y verle el lado bello para poder amarla. Justo así se había sentido toda la vida.

Se había detenido en algunos lugares, dejando su bicicleta tirada y empapándose los pies dentro de alguna poza. Eso mismo había anulado su apreciación del tiempo. Ni siquiera supo por cuánto rato había estado vagando por todo el pueblo en busca de profundos charcos, pero su reloj de muñeca le indicaba que ya era tiempo de partir.

Entraba a las 8:30 y ya eran casi las 10.

Se subió a la bicicleta con terror fundamentado y comenzó a pedalear apresurada hasta su colegio. El problema suyo era que nunca llegaba a la hora. Quizás alguna vez, tres años antes, llegó justo a las 8:30, pero nunca más volvió a pasar. Siempre llegaba media hora atrasada, o diez minutos. No importaba. Ya era su cábala llegar tarde. Algunas veces, cuando los minutos bordeaban la falta de respeto, le negaban la entrada. Por eso tenía miedo ahora. Dentro de su experiencia de retrasos, nunca había llegado más de una hora tarde. Ya podía oír a la Madre Superiora sermonearla por media hora en la entrada de la institución antes de mandarla directo a la casa.

Su cabello negro se había empapado por completo haciéndolo parecer más oscuro todavía. Las pequeñas gotas que le caían desde los mechones se le resbalaban por sobre los hombros. Todo su uniforme estaba empapado. La falda le había empezado a pesar y se tuvo que cerrar la chaqueta cuando se dio cuenta que la camisa blanca y mojada que tenía puesta dejaba ver la ropa interior negra que llevaba debajo.

Dejó la bicicleta puesta en una de las paredes de la institución y, tratando de pasar desapercibida, entró a su propia prisión.

Dio pasos sigilosos mientras pasaba por frente de la oficina de la directora, de la secretaria, inspectora y la enfermera.

Su personalidad explosiva e inquieta no la ayudaba en absoluto a no meterse en problemas. Por esa razón, estaba rogando que nadie la notara entrar a esas horas de la mañana. No quería que la volvieran a dejar más horas de la jornada cumpliendo un castigo que ella creía que no se merecía en lo absoluto, cuando en realidad, casi siempre había razones de sobra para castigarla. Ahora solamente tenía que cruzar las puertas de cristal que dividían las oficinas con los corredores.

No sería nada difícil o eso quería creer.

—¡Lisperguer! —la llamó la Madre Superiora desde una esquina con su tono de voz autoritario.

La Madre Superiora era la directora del colegio.

Era una anciana de altura chocante y su delgado cuerpo hacía parecer sus brazos aún más largos. Siempre traía una cruz de madera colgada en el cuello y sus cejas eran el único indicio de que, debajo de esa túnica de monja color crema que le cubría el cuerpo, había un rubio cabello platinado. En realidad, eso era solo una suposición. Las alumnas a veces apostaban jurando que la anciana era calva.

—¡Madre Superiora! —exclamó la joven, burlona.

Grave error. A la religiosa no le gustó la subida de tono y lo hizo notar con un gesto que le invadió la frente de arrugas.

—¿Crees tú que estas son horas de llegar?

—No, Madre. Perdón, pero tuve un problema con mi bicicleta en el camino y por eso me atrasé —respondió Isabel, torpe.

La Madre Superiora aparentaba no estar escuchándola. Sus intensos ojos amarillos estaban fijos en la corbata mal puesta en el cuello de su camisa.

—Me parece impertinente y fuera de lugar que llegues a mi institución como una vaga —reprendió la anciana—. Eres mayor que muchas de las alumnas de aquí y, a pesar de eso, una niña de doce años se viste mejor que tú. Mírate ese pelo, esos